

EL GRAN BVFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618



El hambre casamentera

Dibujo de R. Marín.



EL SEÑOR DE VEJETE (poniéndola el anillo).—Conmigo lo tendrás todo: fortuna, alegría, viajes, y luego ¿quién sabe? tal vez logremos una corona.
LA SEÑORA INSACIABLE.—De eso de la corona me encargaré yo.

20 céntimos.

EL GRAN BVFON

Semanario ilustrado de humorismo. Diez y seis grandes páginas de texto de los más prestigiosos escritores y dibujos en negro y en color de los mejores artistas.

SALE TODOS LOS DOMINGOS

En los números publicados hasta la fecha han escrito en EL GRAN BVFON Jacinto Benavente, Francisco Villaespesa, Joaquín Dicenta, José Francés, Ceferino Avecilla, "Claudina Regnier", Prudencio Iglesias Hermida, Emilio Carrere, Antonio de Hoyos y Vinent, Manuel Abril, Ismael Urdaneta, Julio Carabias, Hernández de Herrera, Goy de Silva, González de Zabala, Gabriel Durenzo, Pablillos de Valladolid, Andrés González Blanco, Diego San José, Prudencio Canitrot, Luis Gabaldón, Carlos Soler, Hernández Luquero, Ricardo Marín, etcétera, y han dibujado Ricardo Marín, José Moya del Pino, "Tito", Félez, Villem-Gullwal, Rulette, Gullbramson, Manchon, Cerezo Vallejo, Barbero, etc.

SUSCRIPCIÓN	En España	Seis meses, 6 pesetas.	Año, 10 pesetas.
	En Portugal	> > 7 francos.	> 12 francos.
	En el extranjero	> > 8 >	> 15 >

Las suscripciones han de comenzar en el primer número de cualquier mes y pueden hacerse en nuestras Oficinas directamente y en todas las Agencias y Librerías del mundo. El pago ha de hacerse con la orden de suscripción. Los suscriptores de fuera de Madrid pueden enviarnos el importe de su abono en Giro, Letra, sobre monedero ó sellos del correo.

PUBLICIDAD EN "EL GRAN BVFON"

Anuncios en negro y en color, según tarifa que enviaremos gratis y franco á cuantos anunciantes lo deseen.

PEQUEÑOS ANUNCIOS ECONÓMICOS

Hasta 15 palabras, 2 pesetas; cada palabra más, 0,10 céntimos. Las abreviaturas y cada cinco cifras se facturan como una palabra.

A cada anuncio ha de unirse 0,10 céntimos sobre su coste neto por el Impuesto de Timbre.

NÚMERO CORRIENTE, 20 CENTIMOS; ATRASADO, 50

DIRECCION Y OFICINAS:

Núñez de Balboa, 14.--Madrid.

Apartado de Correos 618.—Teléfono núm. 3.760.

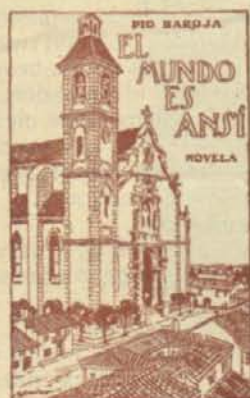


RENACIMIENTO

PONTEJOS, 3, MADRID



Ultimos libros publicados por la Biblioteca Renacimiento



Felipe Trigo.

<i>La Altísima</i> (novela) 4. ^a edición.....	3,50
<i>Los Evas del Paraíso</i> (novela) 2. ^a edición.....	3,50
<i>La sed de amar</i> (novela) 5. ^a edición.....	3,50
<i>Alma en los labios</i> (novela) 4. ^a edición.....	3,50
<i>El médico rural</i> (novela) 4. ^a edición.....	3,50

Eduardo Marquina.

<i>Cuando florezcan los rosales</i>	3,50
---	------

José Francés.

<i>La débil fortaleza</i> (novela) Biblioteca popular.....	1,00
--	------

G. Martínez Sierra.

<i>Madame Pepita</i> (comedia).....	3,50
<i>La casa de la primavera</i> (poesías).....	3,50

Ricardo León.

<i>Los Centauros</i> (novela).....	4,00
------------------------------------	------

Pío Baroja.

<i>El mundo es así</i> (novela).....	3,50
--------------------------------------	------

Leopoldo Alas (Clarín.)

<i>Obras completas.—I. Galdós</i>	3,50
---	------

Todas estas obras se hallan de venta en las principales librerías de España y América.

Los pedidos de provincias y el extranjero diríjanse á *Renacimiento*, Ponteños 3, Madrid.

Pesetas.



Las grandes borracheras.

I

El último año de temporada en el circo de Colón, tuvo el honor de tratar a ese célebre domador Laus Deo que anda por el mundo asombrando a los públicos con el espectáculo de su valor personal y sus borracheras.

Laus Deo es viejo ya, y no me explico cómo no le ha estallado cuarenta veces la cabeza al impulso interior de una de sus múltiples y atronadoras borracheras.

Para Laus Deo la borrachera es un culto. Y toma todos los días jumeras tempestuosas que lo convierten en un animal peligroso. Laus Deo es un cañón cargado y con la espoleta lista. Estalla cuando menos podía esperarse y arrasa todo lo que coge por delante. En Madrid tomaba todas las noches una jumeras y luego la paseaba sacerdotalmente a la luz de la luna.

Una túnica. La borrachera era una túnica para Laus Deo: la arrastraba, la paseaba como un manto real.

No se me olvidará jamás un viaje que hice a Sevilla con el gran domador. En la cantina, antes de subir al tren, el domador se bebió cuatro botellas grandes de cerveza. Se las bebió limpiamente, con la corrección y la sencillez de un elefante. Estornudó después como un sifón y se quedó mudo, imponente como un fantasma.

Me permití gastar una chirigota, y se llevó con leptitud el dedo índice a los labios.

Escogimos un vagón. Al entrar en el departamento, Laus, con su humanidad de barco de guerra, le dió un bandazo a un viajero y a poco lo destroza. El pobre viajero palideció. Laus Deo se entristeció visiblemente. Echándole las manos a la cabeza al pobre viajero—que era un hombre muy delgadito—lo levantó por el pescuezo como a los chicos que quieren *ver a Dios*, y le dió dos besos como dos tiros en las mejillas.

El viajero, pataleando en el aire, sufrió un momento de espantoso terror.

EL HAMBRE Y EL ARTE



Su único hijo: El cubismo.

—¡Povero amico!—le decía el domador acariciándole la cabeza como a un recién nacido—. ¡Povero! ¡Tan delgadito como una vara de matar gatos! ¡Un hombre como un paraguas sin tela! ¡Qué tristeza!

Dos lágrimas de profundo dolor rodaron por las mejillas de Laus Deo, y atrayendo hacia sí al desgraciado pasajero, le dió un beso tan apretado que a poco le hunde las muelas.

Lo depositó en el asiento, y se dejó caer cómodamente a su lado.

Los demás viajeros, aunque un poco asustados por aquel hombre tan grande que no estaba en sus cabales, no podían contener la risa. Yo lloraba de alegría. Laus Deo, por esos impulsos sentimentales de los borrachos, cuidaba amorosamente al asustado viajero. Lo movía, lo zarandeaba, lo enjuagaba como una botella. Por el terror y los meneos, el viajero, mareado, tuvo arcadas para vomitar. El domador lo agarró por el cogote y doblándolo sobre la ventanilla, lo mantuvo en equilibrio sobre el paisaje hasta que lo hizo vomitar caudalosamente.

—¡Ay, mi madre!—gemía el martirizado viajero—. ¡Ay! Un tiro, un tiro, por Dios! ¡Matadme!

—¡Oh, per Dio!—decía, llorando el domador—. ¡Está muy malito el povero! ¡A ver; llama al maquinista que le haga una caldera de tila. O acaso estará debilitado el estómago? A ver, esos kilos de butifarra de mi equipaje.

El viajero, espantado, abrió los ojos como un besugo y perdió el sentido. Laus Deo lo miró amorosamente, y cogiéndolo por la cabeza y los pies, lo acomodó, como un portamantas, en la rejilla.

—¡Ajá!—dijo el domador triunfalmente—. ¡Ahí está perfectamente tranquilo.

No había acabado de decirlo cuando el trastornado viajero, en una arrancada del convoy, cayó de cabeza sobre todos nosotros. Laus lo empujó con los pies debajo de un asiento.

Estornudó: un estornudo, un bufido potente como el escape de un grifo.

Tranquilo ya, tendió un brazo en el aire y comenzó a cantar una melopea solemne, mansa, con notas encrespadas repentinas: la misma escala que el diapasón del tren.

II

Llegamos a Sevilla. Un cicerone alto y puntiagudo, digno de figurar como cazador de insectos en una novela de Julio Verne, nos guió por la ciudad bella.

El cicerone era chato y el domador tenía la obsesión de meterle un dedo en las narices.

—Burgos, Sevilla, Toledo, Córdoba, Granada... Las riquezas artísticas que las dominaciones moras y romanas han ido dejando en la península, deben ser visitadas por ustedes—decía el cicerone chato—. De los misterios árabes de la Alhambra, al monasterio de las Huelgas románico bizantino de aquí a la catedral de Santiago, cuyo aspecto recuerda mucho a San Fermín de Toulouse. Las catedrales de Zamora, Ávila, Cuenca... La nave central de la catedral de Toledo, con sus ochenta y ocho haces de columnas que sostienen el campanario de ciento ocho metros...

El domador escuchaba atentamente. Yo estaba asombrado de la serenidad de mi amigo que estaba peligrosamente hinchado de cerveza.

Laus se hallaba estupefacto ante los tesoros de sabiduría que los siglos habían acumulado en aquel chato perfecto.

Pero el domador no miraba al cicerone; le miraba solamente la nariz.

La catedral de Sevilla. El templo famoso sevillano es un monumento original y único: no hay iglesia en el mundo tan vasta, tan grandiosa, tan imponente.

El cicerone declamaba con su voz de lechuza:

—La altura prodigiosa de sus naves españolas. Todo aquí es de unas proporciones elegantes, pero ciclópeas. El cirio pascual... el candelabro de bronce... etc... Dice Theófilo Gauthier que Nuestra Señora de París podría pasearse por esta nave central sin agacharse.

—Se me ocurre una duda—me dijo el domador al oído—. Este chato indecente ¿podrá sonarse por el mismo sistema que nosotros?

—Hombre, yo creo que sí.

El domador se lanzó repentinamente sobre el pobre cicerone; sujetándole férreamente el cogote con la mano izquierda lo volvió boca arriba como un gato; agarrándole las minúsculas narices con los dedos, le gritaba:

—Suénate; á ver; haz fuerza.

El espantado chato, sin energías para soplar, bufaba.

Laus lo cogió ya sin miramientos y le empezó a examinar la nariz como quien repasa una bota.

Los fieles estaban espantados. Yo, metiéndome los puños en el vientre, me retorcí de risa.

De repente hizo su aparición un canónigo. Gordo, lustroso, de volumen extraordinario, con vientre estupendo, redondo.

Interpeló con violencia a Laus Deo. Este dejó al chatito y yéndose sobre el canónigo se le quedó mirando imponentemente.

El canónigo quiso retroceder, pero ya no era tiempo.

Laus le dió una palmada espantosa en la barriga. El canónigo se quedó sin respiración, con esa mirada de éxtasis de los besugos.

En franca locura ya, el domador, como si estuviera en su casa, se puso de medio lado el sombrero y me preguntó con sencillez:

—Buen eco tendrá esta cúpula, ¿verdad?

—Yo creo que no. Es muy alta.

—Veamos—contestó.

Paseándose por el centro de la nave con las manos en los bolsillos, empezó a lanzar gritos horrendos.

—Zis... Zás... Rrrrrruuumm...

Los fieles se declararon en franca desbandada. Hubo beata vieja que de puro terror se hizo del cuerpo.

Laus Deo se paró de repente ante la estatua de San Roque. Se afianzó con las dos manos el sombrero, y empezó a dar flin-flanes maravillosamente ejecutados.

El propio San Roque abrió los ojos con espanto.

El domador, completamente aturdido por la borrachera y el flin flin, cayó al fin pesadamente de cabeza y quedó inmóvil como un leño.

Se quedó dormido.

Sus ronquidos espantosos resonaban bajo la bóveda.

Para roncar como aquel hombre, hacían falta unas narices como las que él tenía; como una trompa.

Tan espantoso resoplar merecía un himno.

Suena el órgano,
Suena el órgano en la iglesia solitaria...
... etc.

P. Iglesias Hermida.





--Pues señor! mañana me pongo estas sortijas en los pies. Lucirán más los crisopacios.

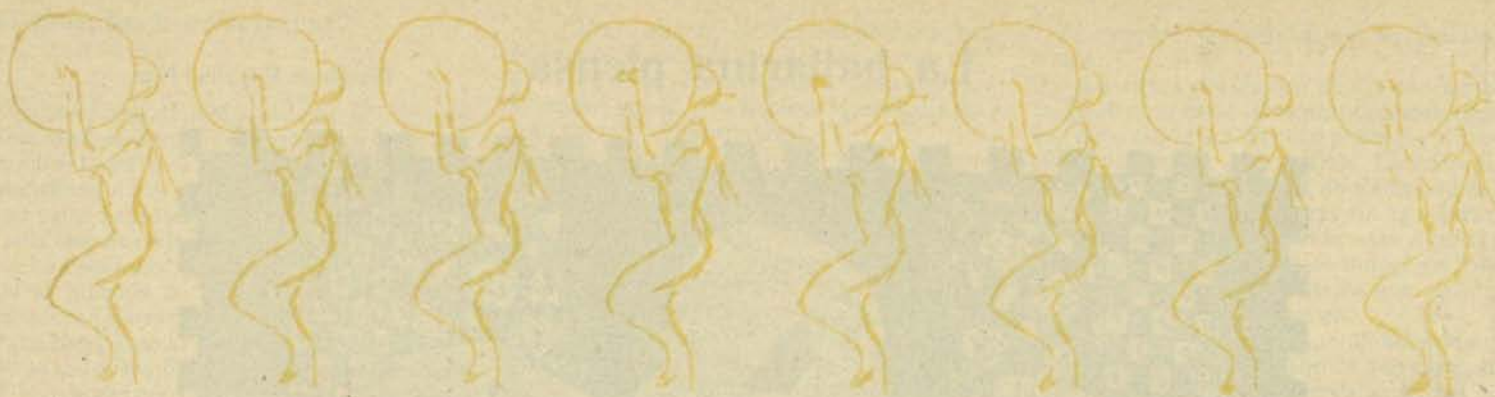
Amargas quejas de un sopista desamparado.

Déjeme tía, la digo,
y váyase enhoramala,
no me muela las orejas,
con deshonestas palabras
por si la debo y no pago,
por si la pido y se enfada.
¿Qué quiere ¡voto á San Judas!
que haga un hombre de mis cachas,
con más hambre que cien dómines,
que mira crecer sus barbas
entre *digestos* y *bártulos*
sin que se aprovechen nada?
Desde mi provincia vine
á estudiar á Salamanca;
muy buenos doblones traje
en una bolsa de ámbar,
que entre libros, privilegios,
quimeras y novatadas,
y pagaros la primera

semana como Dios manda,
fuéronse poquito á poco
como la sal en el agua.
Pedí dinero á mi padre,
que es hombre de bolsa larga,
mintiéndole haber más gastos
de los que él tal se pensara,
y mándole por tres veces
pero se negó á la cuarta.
Vos sabéis que ando de entonces
como gato á la que salta,
sabiendo bien que si hoy como
habré de ayunar mañana,
porque no hay forma de que
se os reblandezca el alma,
y de las berzas que os sobran
me deis una cucharada.
Que voy á la sopa boba,
pero no voy á las aulas,
porque ya no tengo libros,
y que tengo la sotana
tan llena de tragaluces,

de guardillas y ventanas,
que si estuviera en Madrid
la envidiará el nuevo Alcázar;
que á hora prima de la noche
tengo deirme á una chirlata,
á que me den de barato
algún cuarto los que ganan.
Que á las taifas corro amores
á los amadores damas,
á los alguaciles pícaros
y á los pasteleros cajas,
á los clérigos difuntos
y á los difuntos mis lágrimas
les vendo como si por
un cariño las llorara.
Sabiendo, pues, esta vida
¿aún me negais la posada?
¡Vive Dios que cuesta menos
y miraré con más gracia
ser contrabandista en Murcia
que estudiante en Salamanca.

Diego San José.



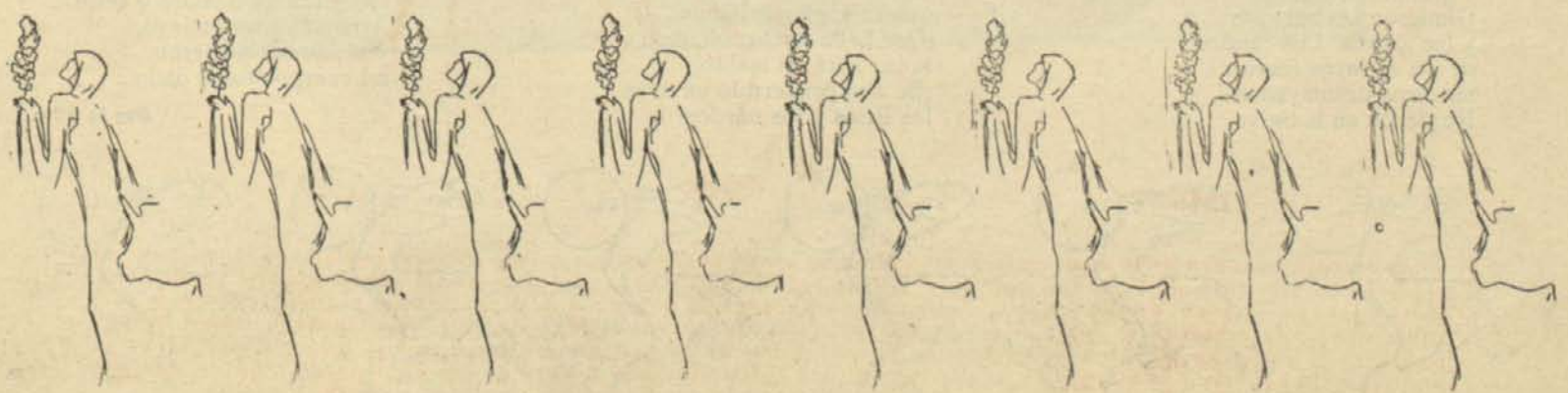
LA IMPERIO

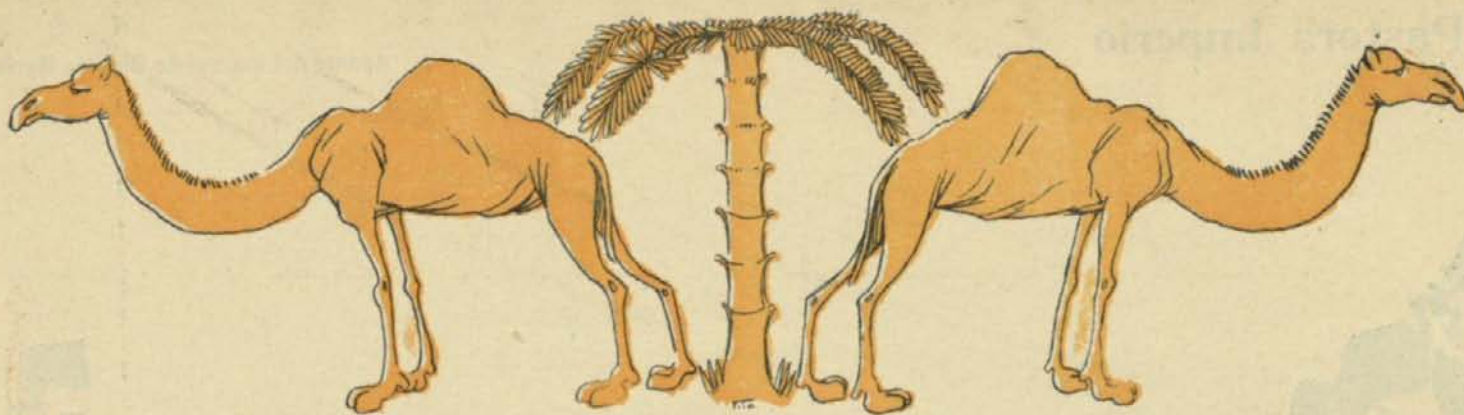


Toda la roja bravura de la raza está en sus ojos que antes de ser suyos fueron de una mujer agarena. Todo el ritmo roto, vibrante, de la danza española, que antes fué mora, está en sus piernas, en sus brazos, en su vientre y hasta en su boca, donde los labios tienen una dejadez de dolor y los dientes una blanca ferocidad carnívora. Viéndola bailar, es como si se abriera de pronto la visión cruenta de un circo taurino, como si dos hombres se clavaran flechas en los corazones, enamorados de la misma mujer; como si una guitarra llorase bajo el cielo azul de Andalucía. Y cuando esta mujer entra jadeante dentro de los bastidores, hay en la sala esa laxitud de los cuerpos encendidos por el amor y que se doblan rendidos, anhelantes aún...

Pastora Imperio

Apunte del natural de Ricardo Marín.





La Reina de Saba

Marcha la caravana
por el desierto árido,
fórmanla cien camellos
y un elefante blanco,
sobre él, con su corte,
en un castillo áureo,
va la reina de Saba
hacia un país lejano.

Después de una jornada,
durante un día cálido,
llegaron á un oasis
en el cual acamparon.

Era tibia la noche
y, á la luz de los astros,
quiso bailar la reina.

Los músicos tocaron
las arpas y los címbalos.
Las esclavas cantaron,
tejiendo sus guirnaldas
de azucenas y nardos.
Voluptuosamente,
sobre unos lirios albos,
baila la reina Belkis,
agitando un diáfano
velo con los colores
del iris. Un esclavo
gimió de amor al verla,
y, airado, un cortesano
desenvainó su alfanje
y cercenó de un tajo
la testa del vehemente
mancebo enamorado.
La reina, sonriente,
continuó danzando
y un arroyo de sangre
formó en el suelo un charco;
todos los albos lirios
de rojo se mancharon,
y los pies de la reina,
que eran dos lirios blancos,
teñidos con la sangre
reciente del esclavo,
calzados parecían
con chapines de raso,
de preciosos rubies
y granates ornados.
Gimieron las nubelias
y los sistros. Los cantos
de las esclavas fueron
suspiros desmayados...
Rugieron en la Selva

tigres y leopardos,
y derramó la luna
su llanto sobre el lago,
cuyas aguas de plata
en ondas se rizaron.

Lánguidamente, Belkis
continúa danzando;
lánguidamente tiende
sus manos, suspirando,
hacia un ser invisible...
Su velo se ha enroscado
en su cuerpo desnudo
como serpiente á un árbol.

¿Por qué la reina tiene
su bello rostro pálido,
y el brillo de sus ojos
parece amortiguado
y muestra su sonrisa
un gesto de cansancio
y sus breves pies ágiles
se rinden fatigados,
como palomas blancas
heridas por un dardo
de amor, que las privase
de proseguir volando?...

"Cuenta, dice á una sierva,
una historia de encanto;
algo de una princesa
que fuese viajando
hacia el país dichoso
de su príncipe amado,
y tuviese una noche
un bello sueño mágico
y luego despertase
en un lugar lejano
sin príncipes, ni siervos
y teniendo á su lado
sólo á su favorito
esclavo degollado...
Cuenta otra bella historia
de amor, que ya he olvidado
las que me relataste...

Decid: ¿porqué han cesado
las músicas?, que sigan
las esclavas sus cánticos...
Dadme, pronto, otro velo,
quiero seguir bailando...
¡Qué bella noche, oh, luna
tu luz será mi mantol...
¿Se han convertido en uvas
los lirios y los nardos?...

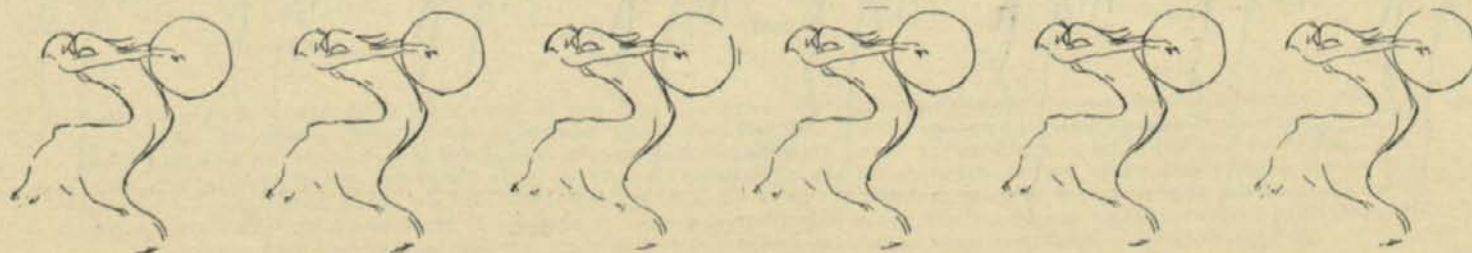
¿Y mis pies?... Se diría
que, en el lagar pisando
estoy negros racimos...
¡No queda un solo grano!...

"Bebed todos del vino...
¿Ese hombre embriagado,
que está á mis pies tendido,
es mi príncipe amado?...
"¿Por qué dices, esclava,
que el príncipe ha olvidado
á su bella princesa?...
¡No me agrada tu canto!...
"El príncipe se llama
Salomón? ¡Nombre grato!...
Dicen que es el más bello,
el más rico y más sabio
de los reyes del mundo...
Dicen que ha adivinado
pronto mis tres preguntas,
y al punto me ha enviado
mensajes por las aves,
los vientos y los hados.
¡Cuán poderoso rey,
querido y respetado
de todos!... ¡Qué ventura
llegar pronto á su lado!...

"¿Por qué, sierva, me hablas
de ese pequeño esclavo
á quien amé una noche
en mi lecho olvidado?...
Ese esclavo era mudo
y sólo suspirando
supo expresar su dicha
por ser un día amado
de su reina. ¿Qué precio
mejor pudo haber dado
que el de su propia vida
por un placer tan caro?...

"Rugen siniestramente
los fieros leopardos
¿Rugirán de hambre ó celo?...
Arrojadles mi esclavo,
y si eso no quisieren
mi cuerpo seales dado...

Goy de Silva.





LA CHICA.—¿Y adónde vamos, papá?
EL PADRE.—Lejos. A otra tierra.
LA CHICA.—¿Lo mismo que ésta?
EL PADRE.—No, hija, Patria no hay más que una.



MOISÉS PINO

El amor que no es amor.

I.—La mujer.



Madrugada de Viernes Santo. En lo alto de la calle de la Princesa.

Empiezan a palidecer las estrellas y a azularse claramente el obscuro cielo. Con el humo, áspero y sofocante, de los buñuelos, suben gritos, blasfemias, pregones, cantos gitanos, palmadas, pitidos. La gente pasa apiñada y bulliciosa por los andenes, entre los puestos alumbrados con latas de acetileno.

CONCHA, NATI y SEÑORA UGENIA están sentadas a la mesa de una churrería y toman café con buñuelos. Concha y Nati son jóvenes; la señora Ugenia, vieja, y las tres se envuelven en pahoiones filipinos.

SEÑORA UGENIA. Pues a mí, chicas, las bolas, pero que me desvanecen. Ya veis ustedes si las tendré ley, que cuando estaba con don Pablo, uno que fué ministro de la Restauración, yo le buscaba las vueltas pa comerme muñuelos. Por supuesto, que luego tenía que enjuagarme la boca por si m'olía. Ayudarme a sentir ustedes... Bueno, a lo que estamos, niña. Ayer me encontré a don Fidel.

CONCHA (encogiéndose de hombros).—Sería milagro! En cuanto que la vimos a usted de venir se lo dije a ésta. Dije, digo: "Mira, vámonos por otro lao, que allá viene la señora Ugenia y vamos a tener murga con don Fidel."

S. U.—¡Pues sí qu'eres tú telefonista del pensamiento! Pero ven acá, tórtola rubia. ¿Es que has nacido pa podrirte con esa vida que llevas? Si entoavía estuviás colá con alguno, yo, mutis; porque toas sabemos lo qu'es eso. Pero si no hay de qué, ni los hombres no son pa ti mal comparaos, más que ojos de buey ó pápiros de a cinco, ¡qué tanto merengar y tanto jugarte la salud!

NATI.—Tiene razón la señá Ugenia, mujer. Esa vida que llevas no es buena. El mejor día caes mala.

C.—¡Ajolál!

S. U.—¡Amos! Te daba así... ¿Te parece, mujer, la muy mula? ¿Y qué ibas a ganar con eso, pipirola?

C.—¡Qué sé yo! Vengarme de lo canallas, de lo miserables que son tós los hombres.

S. U.—¡Ahora sí que nos has elozcrutaol! Cualquiera diría que llevabas cuarenta años conociéndoles como servidorita. Ya verás cuando tengas mis años... y entoavía te gusen, que es peor.

N.—No. Si ésta no parece una de nosotras. Yo la he visto pasarse los días enteros llorando, y por la noche más alegre que ninguna en un colmao y volviendo locos a los hombres con sus risas y sus timos.

S. U. (con suficiencia).—Eso es la nurastenia. Yo también lo tuve. Sólo que en mi tiempo le llamaban el histérico.

(Pausa. El sol va triunfando detrás de las umbrías, plácidas y con tempranos verdores, de la Moncloa. A la suave luz de amanecido, los rostros están lívidos y la multitud aumenta, grosera y bulliciosa como nunca.)

S. U.—Conque, vamos... ¿la dernière parole?

C.—Pero ¿qué quiere ese hombre?

S. U.—Cuasi na. Una corrida de Beneficencia con Vicente y los dos Gallos, como aquel que dice: retirarte de esa vida, ponerte casa, tratarte como a su señora mornagática, con su golpe de buenas orlas y buenas sortijas, abono en los teatros y en taxi con gomas. ¡Ni Romanones!

N.—Y parece un hombre formal, mujer...

S. U.—¡Digol! Como que si no, cualquier día me inmiscuyo. A mí me gusta la seriedad en todo... ¡Luego, tan cabayero! Y que te coste que está por ti. Ese es de los que caen de una vez por séculam. Le dices: "¡Roda!", y roda. Y si no quíes que te toque durante un mes, se rezigna. Yo tuve uno igual, y te digo que una gloria de Moriyo era poco pa compararla con mi entresuelo de la calle de San Ramón de la Cruz.

N.—Además, que por probar no pierdes nada, mujer. Si te molesta, pues lo dejas más plantao que un pino. Ahí es nada, chica, estar una tranquila en su casa sin pensar de qué bolsillo saldrán los dos duros para comer el día siguiente.

(Pausa. Concha permanece un rato pensativa. Las otras dos mujeres la miran fijamente.)

S. U.—Qué, ¿te decides?

C.—No sé... no sé... (La señora Ugenia se levanta.) ¿Dónde va usted?

S. U.—Aquí, a un recaó; al café de más abajo...

Desaparece entre el gentío que sube y que baja gritando, riendo, cantando, soplando en los pitos, levantando en alto los muñecos de cartón y de papel de seda que mueven los brazos con enormes navajas.

N. (mirando con intención a Concha).—Eso es que va a volver con don Fidel.

C. (haciendo ademán de levantarse).—Entonces...

N.—Quieta, mujer (sujetándola por el mantón). Por hablar un rato no te comprometerá nada.

C. (encogiéndose de hombros y sentándose, ya resuelta a todo).—En fin, ¡allá penas!

II.—El hombre.

Tarde fría y lluviosa. Un despacho lujoso. Ha muerto el día y nadie se cuidó de encender las luces eléctricas. Al resplandor rojizo de una estufilla se adivinan los rostros de JULIA y de CARLOS.

JULIA está sentada en una butaquita baja. CARLOS pasea con las manos en los bolsillos.

CARLOS.—Ya que te lo han dicho, prefiero ser franco. Sí, es verdad: me caso.

JULIA (sollozando).—¡Oh, Carlos, Carlos!

C.—¿Qué quieres, hija? No soy yo, no somos nosotros; es la vida quien dispone... Yo había pensado envejecer a tu lado, no separarnos ya nunca. Llevamos cerca de diez años, y eso no se puede olvidar tan fácilmente. Pero hay momentos, hay trances que no se espera uno, y en que no hay más remedio que retorcerse el corazón.

J.—El mío. Tú no has debido tenerle nunca.

C.—Mira, Julia: ni tú ni yo somos dos chiquillos para empezar ahora con recriminaciones de "si me quieres" y de "si no te quiero". Hay que hablar seriamente. Yo no puedo seguir así. Estoy a dos pasos de la ruina, y no me hace maldita la gracia encontrarme pobre cuando puedo ser rico. Además, sabes que acabo de conseguir el acta, y con la amistad del jefe puedo ir a una subsecretaría en cuanto vengan los conservadores. Tengo ante mí una bonita carrera política, y no es cosa de desperdiciarla. No hay que ser egoísta, Julia.

J.—"No hay que ser egoísta". Tienen gracia esas palabras en tus labios.

C. (parándose frente a ella).—Recriminaciones, no. Yo no te abandono, ni mucho menos. Al contrario: te señalo una buena pensión. Y, sobre todo, que es cuestión de paciencia. La marquesa de... bueno, mi futura, es riquísima. Dentro de un año, de dos, tendré una libertad que en los primeros meses no puedo tener, y entonces... ¿me comprendes?

J.—Sí. Que el dinero de ella te servirá para mí ó para otras, ¿verdad?

C.—¡Mujer! Tanto como eso... Lo que yo quiero hacerte ver es que no tengo más remedio que casarme, y que, además, eso no te perjudica lo más mínimo.

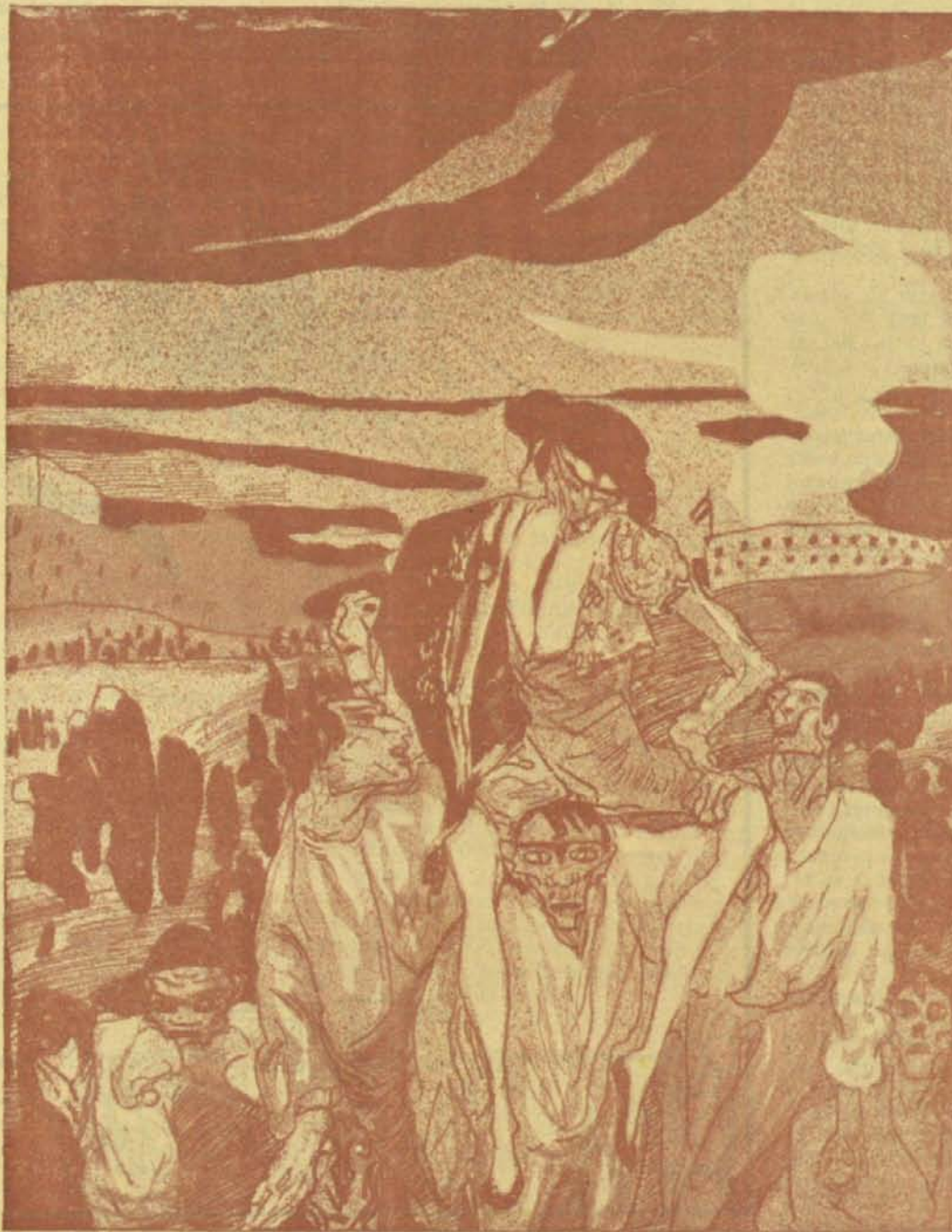
J.—Bien; sí. Haz lo que quieras.

C.—Lo dices de un modo...

J.—Pues ¿cómo quieres que lo diga?

C.—Qué sé yo! Menos indiferente, mujer.

J.—Si no es indiferencia, Carlos. Es cansancio, es resignación. El alma está ya cansada de sufrir, y no tiene ni fuerzas para protestar. ¿Qué quieres, hijo? Yo me había hecho la ilusión de ser feliz de este modo, los dos juntos, y ya para siempre, hasta que nos muriésemos. Yo ya soy vieja y no quiero luchar



¡Tú que no puedes...!

más ni esperar más a lo que no llegaría, porque es muy tarde para ello... ¿Tú rompes esa ilusión? ¿Tú dispones que no sea así, como yo había soñado que fuera? Pues, paciencia. Eres el amo y dispones de mi vida. Si no quieres dejarme nada tampoco, no me lo dejes. Yo veré de arreglarme como pueda...

C. (satisfecho, en el fondo, al ver lo fácilmente que se le resuelve el conflicto).—Te engañas si crees que no siento la misma pena que tú. También yo confiaba en esa vida tranquila al lado tuyo, envejeciendo los dos y queriéndonos...

J.—¿Entonces, Carlos?...

C.—Pero no es posible. Ya te lo he dicho antes. Este matrimonio me permite rehacer mi fortuna; me sirve para volver a la política. Hay exigencias, Julia, que son más fuertes que nosotros mismos.

(Pausa. Contra los cristales tamborilea la lluvia. Julia siente frío, un frío interior que parece separarle la carne de los huesos.)

J.—¿Y...?

C.—¿Qué?

J.—No; nada.

C.—Dilo, mujer.

J.—Nada. Iba a preguntarte cuando...

C.—Pues, ya ves: pronto. Yo quisiera casarme a últimos de año. Pero antes te arreglaré todo. Mira, yo tengo pensado que...

Friamente, impasiblemente, empieza a hablarla de dinero, del modo que cobrará la pensión, de lo que puede aumentar esa pensión cuando se case. Julia le oye sin escucharle. Fuera, en la desolada tristeza de la calle, sigue lloviendo...

José Francés.



Renglones de una excéntrica.



«C» eferino R. Avecilla ruega a Claudina Regnier tenga la bondad de pasarse mañana, de cuatro a cinco, por la redacción de EL GRAN BYFÓN.»

Confieso que al leer las anteriores líneas me invadió el mismo pánico que a Caperucita Roja si hubiese recibido un continental del Lobo citándola en el sitio más peligroso del bosque.

Yo sé por referencias los triunfos de Avecilla con las más lindas y gentiles de nuestras *divettes*, debidos quizás a su peregrino ingenio, a su galantería persuasiva de Príncipe de las Mil y una noches o a su aire de Pierrot meditabundo y entristecido que anima a las mujeres a consolarle, y puedo jurar también que en el tiempo que llevo en esta Revista, tortura de nuestros más fúnebres humo-

ristas, no he aparecido por su Redacción sino á cobrar, para gastarme en seguidita mis buenos duros en caramelos ó en encajes para mis camisas. Así es que encontré tan sinestra la tarjeta de Avecilla, que estuve por presentarme en la calle de Núñez de Balboa con gnard-honor. Pasé unas horas... ¡qué horas, santo Dios! Peores que las que deben afligir á Navarro Reverter mientras se decide si es ó no académico.

Al fin me resigné á arrostrar la situación, dispuesto á defenderme y á hablar poco—por aquello de que en boca cerrada no entran moscas—, pero en E. GRAN BIFÓN mis inquietudes desaparecieron apenas empezó á hablar Avecilla.

—Oiga Claudina—me dijo con su voz cá lida y pausada—, es para mí muy doloroso notificárselo á usted; pero las cartas del público pidiéndonos que contengamos la fogosidad de sus verdes abríles afluyen copiosamente á esta Dirección. No necesito, pues, decirle con cuánto gusto veríamos que calmasen esos ardores juveniles que la hacen escribir á veces cosas que pueden alterar la paz y el equilibrio moral de las familias.

—Pero es posible eso, Avecilla? Si todos los días recibo yo cuatro cartas cuando menos felicitándome por mi *sans façon* literaria! Si las declaraciones amorosas de militares y paisanos, de jóvenes y viejos, solteros, casados y viudos, me tienen en perfecto estado de enajenación mental! Si hasta un cura me ha escrito diciéndome que me prefiere á Santa Teresa de Jesús!

Realmente, esas gentes que protestan no han entendido mis trabajos. A mí me gusta, cierto es, correr del brazo por los jardines de las Letras con la señorita Picardía, buena muchacha, de vida fácil, y que no desea otra cosa que divertirse sin molestar al prójimo; pero no entra en mis ánimos faltar á la reunión, ni siquiera á doña Moral, que precisamente por haber sido víctima de múltiples y dolorosos atropellos merece que se la deje descansar.

Si yo alguna vez he levantado sus sayas más de lo debido, no fué con la intención aviesa de mostrar al mundo sus canillas ni el forro de su miriñaque, sino como una travesura, disculpable por mis pocos años y mi temperamento excéntrico. Pero en fin... para lo sucesivo tejeré mis artículos con el Catecismo á la vista y disertaré acerca de los Mandamientos de la ley de Dios, excepto del menos observado.

Y dicho esto, después de estrechar la mano del exquisito poeta decadente y sentimental, salí alegremente de allí tarareando una matichica para volver á mi auto, donde me esperaban la miss y Alvaro Retana.

Conque ya lo sabéis, mis queridos amigos. Se ha metido el tiempo en homilías, y desde el próximo número os soltaré de buenas á primeras una rociada de agua bendita ó un golpe con el hisopo si os pitorreais de las cosas sagradas.

En cuanto á ti, León Agriño, asiduo lector de mis renglones, que tanto gozas con mi cabellera risa de chiquilla juguetona, muchacho demasiado joven acaso para tomar parte en la encuesta del señor Cánovas Cervantes, adorable rubio de frente despejada, nariz con reminiscencias griegas, ojos de finas cejas, cuerpo esbelto, pero con ancho pecho y manos bien cuidadas, á quien yo supongo un tanto femenino respecto al físico—¡con qué agrado reclinaría mis melenas sobre tus hombros, que deben de ser suaves y delicados!—, y otro tanto pueril y curiosa en lo que se refiere al espíritu—¡la de misterios que yo te podría revelar!—, renuncio al comentario que me suplicas ponga á tu carta. ¿Qué pensarían de mí las gentes timoratas si en mi postdata te preguntase dónde vives?

Mi sutil espíritu, lejos de tenerte en cuenta, te olvida á como medio seguro de caer en la tentación, pues la recomendación de Avecilla, el príncipe de la pluma que evoca á D'Annunzio, me ha sugerido la idea de purificarme... para los lectores de EL GRAN BIFÓN—¡ánimo, beatas; léeme sin recelo y reservar mis

perversidades para *El cuento galante*, preciosa revista próxima á publicarse, contando con la valiosa cooperación de nuestros más ilustres literatos, y cuyo director ha tenido el buen gusto de pedirme original.

¡Dominus vobiscum!

Claudina.



La afición habla: ¿Recargan los billetes con el cincuenta por ciento? ¡Y qué me importa! Si la corrida se ve mejor desde fuera.—Dibujo de Bagaria (De La Tribuna).

Bufonadas críticas.

Una exposición de "monos"



En el número anterior creíamos que la Exposición de caricaturas del Círculo de Bellas Artes, se iba á celebrar en el nuevo edificio, detrás del grupo conmovedor de la *Unites Estates Equitable Assurance* y temíamos que con la mudanza se les perdiera la gracia á algunos de los «monos».

Afortunadamente no ha sido así. El nuevo local del Círculo no se utiliza todavía más que para la Biblioteca que no lee ni don Alberto Aguilera, ni ha servido aún más que para el banquete á Chicharro, donde Aguilera siempre oportuno, habló de Moret con motivo de la ida á Roma del autor de la *Tórtola* (no confundirla con la Nieto, ni con la de Penagos, ni con los demás pintores atortolados).

Nos felicitamos de ello, porque nos marean

los ascensores del antiguo casino y futuro Círculo; y como quien no quiere la cosa, después de echar una miradita al tapete verde, torcimos á la derecha y entramos al salón de exposiciones.

La Exposición es como todo lo de este mundo. Buena y mala. Ni todo lo que hay es malo, ni todo lo bueno es bueno.

Bueno. Sentado este aforismo y después de tropezar con las mesitas y los pies de algunos socios que se sientan impávidos debajo de los «monos», veo que las caricaturas buenas son de los que no pueden hacerlas malas, y que las caricaturas malas son de los que no pueden hacerlas buenas.

En primer lugar están—¿cómo no?—algunos de los colaboradores de este semanario, que hemos convenido en que se parece al *Simplicissimus*, aunque se demuestra lo contrario de vez en cuando, para no molestar tanto á los que por razones de estética no se parecen al *Simplicissimus*.

Penagos, Cerezo Vallejo—que hasta ha dibujado una mujer mujer—M. del Pino y Tito.

En primer lugar también están los que aquí no están, y que a pesar de ello, qué caramba! tienen mucho talento y unas grandes condiciones de humoristas: *Echea*, Robledano, Ramírez, *K-Hito*.

Las caricaturas pictóricas de *Echea* son sencillamente admirables. La *Venus de la Abundancia*, un acierto decisivo y rotundo. Robledano, que impuso su concepto gorkiano de los miserables tiene dos dibujos dolorosos y torturadores. Ramírez, donde hay una galana fusión de madrileñismo y francesismo, expone notas muy interesantes.

K-Hito, un valenciano, medio ignorado aún en Madrid, grita su estilo arbitrario y jocundo. Luego está *Apa*.

Apa señores míos, es uno de los primeros humoristas españoles. Los dibujos de *Apa* están sin marco porque *Apa* sin marco los mandó y el Círculo se ha contentado con clavarle con cuatro tachuelas. No importa. *Apa* no necesita marcos.

Claro es que en la Exposición faltan los maestros: Marín, *Sileno*, Bagaría y Tovar.

¿Por qué no han mandado? Es una lástima, porque ésta Exposición, donde están los que no pueden hacerlo mal y los que no pueden hacerlo bien, faltan los que siempre lo hacen bien.

De todos modos, esta Exposición, después de EL GRAN BVFÓN - que todavía algunos confunden con el *Simplicissimus*, con lo cual los confundidos son ellos - es una cosa muy seria y muy importante.

La caricatura española se hace consciente y aprende para no olvidarlo y para enseñarlo el moderno sentido de las artes decorativas.

Me parece muy bien.

Santamaría, académico.

Santamaría, que pinta muy bien, y que no escribe tan bien a juzgar por su discurso de recepción, ha ingresado en la Academia de Bellas Artes.

Yo no he presenciado el acto y lo siento por Sentenach, que se pierde un bombo.

Porque las Academias se parecen. En la Española está Benavente y está Catalina. En la de Bellas Artes está Santamaría y está Sentenach.

Yo no sé lo que habrá dicho Sentenach. Pero si la misma mano que pintó los inmortales retratos del maestro Larregla y de Rodríguez Marín ha escrito el discurso de contestación al del autor de *Angelica y Medoro*, a estas horas habrán perdido el juicio los asistentes a la «solemnidad académica», como dicen todavía algunos periódicos.

A no ser que Sentenach se haya puesto a tono y después de Santamaría haya dicho sólo tres palabras con esa gravedad espartana ha que debe caracterizarle:

— Madre de Dios

Pablillos de Valladolid.

LOS LIBROS DEL DÍA



EX-LIBRIS



Y tenemos Papa.

El Sr. Labra ha sido nombrado presidente del Ateneo.

Perfectamente. Como no somos ateneístas, nos tiene sin cuidado.

Si lo fuéramos, opondríamos una leve objeción. El Sr. Labra no nos parece tan sabio como el Sr. Cajal, ni tan listo é influyente como el Sr. Romanones.

Pero en cambio es más académicamente decorativo que doña Emilia Pardo Bazán. Y váyase lo uno por lo otro.

Esta tarde en el inevitable restaurant de la Huerta, se le da un banquete á Augusto Martínez Olmedilla.

Tendremos un poquito de frío y tal vez no comamos muy bien. Pero no importa.

En segundo lugar, la Huerta es casi un sitio obligado para estos homenajes. Allí se han pronunciado infinitos discursos, se han disparado incontables fogonazos de magnesio, y en las noches plácidas del verano siempre se encuentra una mocita desenvuelta que traduzca de corrido el *Ars Amandi*. Es como si dijéramos un local para hombres públicos y para mujeres públicas.

Y en primer lugar se trata de Augusto Martínez Olmedilla.

Martínez Olmedilla es una de las figuras más nobles, más simpáticas y más limpiamente caballerescas de nuestra literatura.

Tiene una severa y correcta concepción de la vida, y tiene una fácil y ya numerosa ejecutoria de novelista.

Nadie os hablará mal de Martínez Olmedilla, ni jamás oiréis de labios de Martínez Olmedilla la más pequeña censura á la labor ó la conducta ajena.

Finalmente, esta novela, por la cual se festeja ahora, se titula *La Ley de Malthus*, y remueve un hondo problema social.

Y con ser tan valioso el literato, tan digna de popularidad su novela, aún debemos la juventud gritar muy alto que este hombre joven, como nosotros, es un hombre plenamente, sencillamente bueno, digno de admiración de respeto y de cariño.

Ni somos patrioterros ni sensibleros. Pero tenemos el corazón pronto al patriotismo y á la sensibilidad.

La entrada de nuestros soldados en Tetuán es un bonito episodio y es un acto de gran importancia para España.

La gente apenas si se ha enterado de ello, y hace mal. Detrás del episodio actual hay otro episodio glorioso.

Y detrás de la firma del tratado franco-español ó hispano-francés, vemos los ponchos los roses, las cantineras de Wad Ras, y nos parecen oír esos nombres que retumban como

cañonazos y centellean como espadas: O'Donnell, Prim, Ros de Olano.

¡Ah! Y Alarcón. Porque á Alarcón se le puede perdonar que escribiera *El Escándalo* y *La Pródiga*, porque escribió *El sombrero de tres picos* y la *Crónica de la guerra de Africa*.

El género chico ha muerto. La catedral del género chico se ha hundido. Esa serie de currunches de la literatura, cuyos nombres no recordamos, porque no es cosa de calentarse la cabeza pensando tonterías, todos juntos han destrozado las columnas del templo. Fernando Mendoza, en Apolo, hará grandes melodramas, grandes obras exóticas, grandes desfiles de cosmopolitas estrellas de varietés; en fin, "... siempre vivió con grandeza..." etc.

Nosotros nos alegramos, porque ahora tendrán que volver á los muelles del Mediodía los que no debieron salir nunca de allí, ni aun con el pretexto de buscarse los garbanzos. Desde ahora, señores, á comer hierba.

Admirable Turquía! Habrán ustedes visto que, á ciertas horas, se han cambiado las tornas, y ya no son siempre los balkánicos los que dan estopa. Para mí sería una satisfacción inmensa ver á Nicolás á Fernando y al pobre Jorge perder, poquito á poco, todo lo que injustamente han ganado.

Me son especialmente antipáticos, odiosos esos que quieren llamarse cristianos, que asesinan niños y mujeres y no pueden tomar Andrinópolis.

¡Hala, á robar relojes y á dejárselos en el regazo á mamá Europa!

Hace unos días, por un telegrama de Prensa, nos enteramos de que en Santander acaba de entregar su alma un matón célebre, del que se certifica que tenía en el cuerpo ¡setenta y cinco heridas!

El matón ha muerto como Dios manda; es decir, del tifus, y en su propia cama.

Es indudable que entre las setenta y cinco heridas las habría graves.

Aquí sí que se ve bien marcada la fuerza del sino.

Esto de las localidades de los periódicos se va poniendo feo.

Ya se habrán ustedes enterado de que la empresa del Real ha retirado los suyos á *La Tribuna*, porque el amigo Lupín se volvió loco diciendo verdades, según hemos tenido la satisfacción de participar á ustedes.

Y ahora parece que se trata de que todos los periódicos renuncien á las localidades de todos los teatros. Que pagarán las gacetas y los anuncios, naturalmente, como ocurre en el *A B C*, que en éste como en otros muchos, hace tiempo que van por el buen camino.

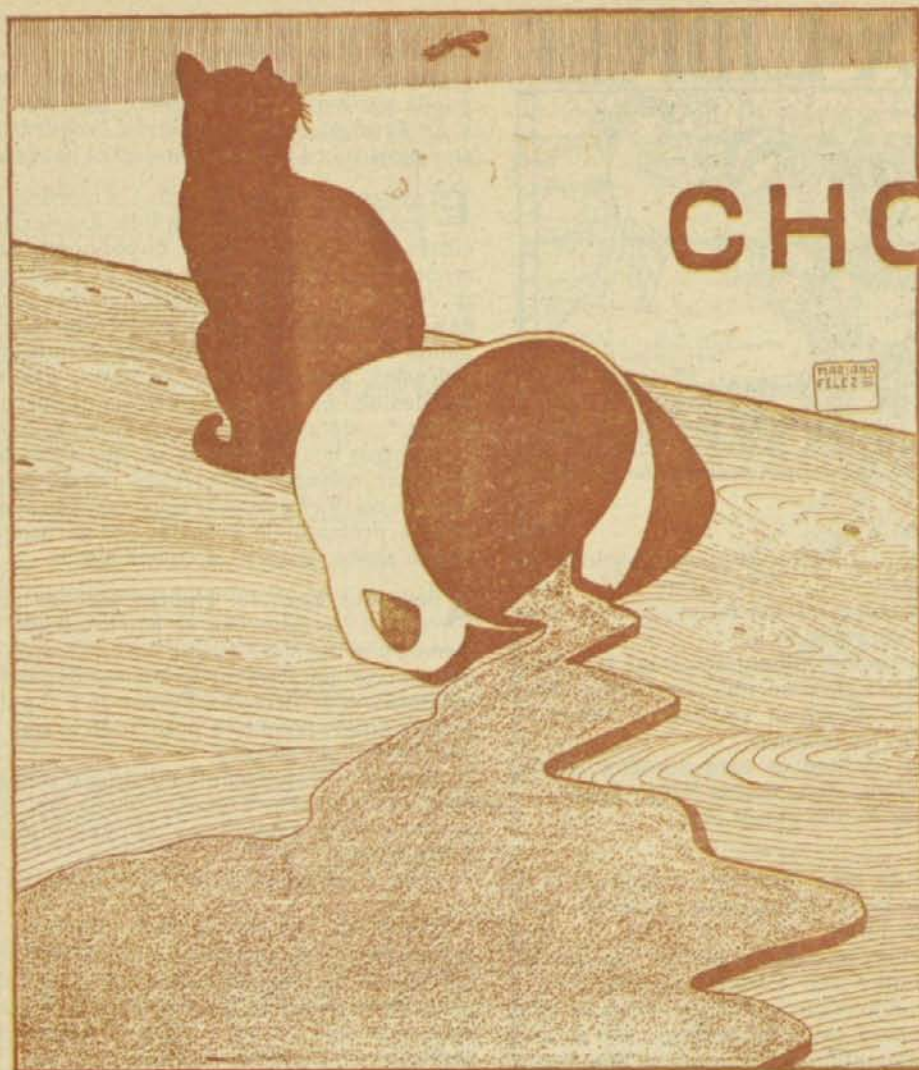
Bueno. Volvamos á lo del Real.

¿No es graciosísimo eso de que los buenos señores de la empresa, quieran comprar á los críticos con esos butacas? ¡Hombre, por Dios! Un crítico, aunque se llame Fulánez merece mayor consideración. Y un periódico, la misma que su crítico, cuando menos.

Por lo demás, el caso no es nuevo. A *La Tribuna* no le quiso señalar butacas en mucho tiempo la empresa de Apolo, porque un querido compañero dijo en su día que *El Fresco de Goya* era una pieza abominable.

Y ustedes dirán si *La Tribuna* se equivocaba...

Nicolás de Montenegro tiene cara de guardia: fíjense ustedes en los retratos. El zar de Bulgaria es, físicamente, una mala caricatura de Blasco Ibáñez. Jorge de Grecia está en el escaparate de un sastre de la calle de Fuencarral, entrando por la Red de San Luis, á la derecha.



CHOCOLATE

De El

Gato Negro

Principe, 14

MUEBLES BARATISIMOS

BUENÍSIMOS, ACABADÍSIMOS

FRUTOS Paz, 15 MADRID

Anuncios por espacio y tiempo fijo.—2 centímetros de altura, 10 pesetas mes; 4 idem, 20 pesetas.—Neto sin descuento alguno

Fábrica de corbatas CAPELLANES, 12 Preciosidades en Camisas, Corbatas, Guantes, Pañuelos y generos de punto. 40 por 100 de economía PRECIO FIJO	BIEDMA FOTÓGRAFO HAY ASCENSOR CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 23	PELUQUERÍA DE SEÑORAS: ANGEL OLMEDO 29, DESENGAÑO, NÚMERO 29 (Frente a la Iglesia de San Martín.) Especialidad en pelucas, bisoñas y toda clase de adornos para señoras.	Joyería Pérez Molina Carrera de San Jerónimo, 28 MEDALLAS RELIGIOSAS :: Y JOYAS DE ARTE ::
Iodasa Bellot para curar el Reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Escrófula, Obesidad, Bronquitis crónica, Asma, como depurativo eficaz y para prevenir congestiones. Hortaleza, 17, FARMACIA BELLOT Pídase folleto gratis.	Para anuncios en EL GRAN BVFON DIRIGIRSE A LA International Reclame Olmo, 25, entresuelo.-Tel. 3.583	El depurativo radical Camacho es la destrucción absoluta de la sífilis, artritis, reuma, escrófulas, gota y enfermedades de la piel. Depósito general: MONTERA, 4	El dolor vencido Jaquecas, neuralgias, dolores de muelas y reumatismo, no resisten nunca a la primera toma de === KALMINE === Se vende en cajas de 1, 2, 6 y 12 sellos. Madrid: principales farmacias y Borrell Hermanos, Puerta del Sol, 5. Por mayor, Pérez Martín y Compañía, Alcalá, número 9.
GARRIDO Grabador 9, Desengaño, 9	G. Pineda Sastrería, paños ingleses CALLE DE LA MONTERA, N.º 2	Gran Hotel de Londres Galdo, número 2 (vistas a la Puerta del Sol) Pensión de 8 a 15 pesetas.	Laboratorios PROVEEDOR Instalaciones a precios de fábrica. T. Torrecilla & Barquillo, 37

Anuncios económicos. 15 palabras, 2 pts. Cada palabra más, 15 cts.

ARTICULOS de fotografía. Marciano. Montera, 41. Lentes y gafas

AGUA de Villajuiga. Evita el artrismo. Contra mal de piedra.

A las cinco en punto estaré donde sabes. Desesperado por no venir antemintuen. Sincero.

CAPAZ soy de no volver si estuviera seguro de 38910. Nez.

LA Goya y Amalia Molina han impresionado nuevos discos para el gramóphone que vende Ureña en Madrid. Prim, 1. Catálogo gratis.

PURA. Encanto de tu o202. Si 90 m2 q33832718 c4m4 y4 h17316 c4818 q52 m2 g5891820. No te olvida tu Pepillo.

SOLO deseo que no me olvidés y que me sigas queriendo como hasta hoy. Ecrem.

TARJETAS postales en esmalte iluminado, bromuros, gelatinados y fantasías y felicitaciones. Continuamente presento novedades. Ernesto Ramos. Plaza del Duque de Alba 2 Madrid.

V... ¿Pero no me quieres? ¿Qué pasa? Solo piensa en ti tu Ttttt

VIGORAL «Roig». Cura debilidad, neurastenia, postracion, vahidos neuralgias, falta memoria. Madrid: Farmacia Gayoso. Arenal, 2.

PALACE HOTEL

Peluquería de Francisco García.

Manicure. Pedicure.

Massages manuales y eléctricos.

Coiffeur de Dames. Todos los adelantos modernos.

Se sirve á domicilio. Teléfono. Establecimiento de primer orden.

GRAN CONFORT

VICENTE RICO

ALMACEN de papel y objetos de escritorio.
CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 35 Y 37.—Teléfono 3.535

Grandes talleres de imprenta y encuadernación.

Teléfono 3.550

PASEO DEL PRADO. 28

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE

JUAN PUEYO

Mesonero Romanos, 34.—MADRID

Se hace toda clase de obras y revistas ilustradas, trabajos comerciales y estadísticos, timbrados, material para oficinas, etc. : : : :

Aguas minerales
naturales de

CARABANÑA

Purgantes = Depura-
tivas = Antibiliosas
Antisépticas